

*Habla
Ernesto
Giménez
Caballero*

Memorias de un funámbulo

Declaraciones recogidas por María Ruipérez

CON la aparición de las **Memorias de un dictador** ha vuelto a la actualidad una de las figuras más complejas y dignas de estudio de la historia del fascismo español: Ernesto Giménez Caballero. El defensor en el período republicano de un «fascismo a la española», el creador de todos los mitos de un nacionalismo exacerbado, que el franquismo repetiría con monótona insistencia durante 40 años, el poeta —o profeta, como él gusta llamarse— que definió el «genio de España» como la fusión del catolicismo y los afanes imperiales, recuerda ahora para **TIEMPO DE HISTORIA** los principales avatares de una existencia en la que la fidelidad a sus convicciones políticas se entrelaza con una obsesión por el lenguaje y un amor a la paradoja, residuo evidente de un pasado vanguardista.

Tiempo de Historia.—En su personalidad, que estas **Memorias** tratan de reflejar, parecen existir dos factores difíciles de compaginar: el escritor de vanguardia, autor de **Yo, inspector de alcantarillas** y promotor de la **Gaceta Literaria**, y el teórico fascista, dedicado en los años 30 a la exaltación de Mussolini y a la búsqueda de una doctrina fascista para España. Para entender cómo se concilian estos dos rasgos tan dispares, me gustaría que empezara explicándonos cuál es su visión de la vanguardia literaria y cultural de los años 20, y cómo llegó hasta ella.

E. Giménez Caballero.—Aunque la vanguardia surge al terminar la primera Guerra Mundial en París, donde residen muchos de sus componentes y circunstancias, como Guillaume Apollinaire o Cocteau, quien la ejercitó fundamentalmente fue Marinetti, que fue el verdadero revolucionario en literatura, no los rusos. Fue Marinetti el que llevó a Rusia el vanguardismo, las palabras en libertad, la tipografía también rota y las letras sueltas. Marinetti fue para la literatura lo que desde 1917 el bolchevismo era para la política, una rebelión total, casi vertical, de los obreros y los campesinos frente a las formas estatuidas burguesas. Pero en 1920 esta vanguardia no había llegado todavía a España, aunque ya estaba en marcha en otras partes. En 1920 yo estaba terminando mi carrera de letras, e iba a ir de lector de español a Washington, propuesto por Américo Castro; pero me encontraron demasiado joven. Entonces, vino a España un profesor de Alsacia, y esto decidió mi destino, porque me fui a Estrasburgo de 1920 a 1921. Allí no pude percibir mucha vanguardia, porque yo iba entonces con el romanticismo de la europeidad, que era la palabra de orden existente en el ámbito cultural español, era el **Tiempo de Historia** de entonces. Nuestra his-

toria había fracasado por falta de fermento europeo, y desde el 98 se empezó a pensar que España por causa del catolicismo y de la reacción había llegado a la decadencia. Entonces, ¿dónde estaba la salvación?: en europeizarlos. Y yo me marché con este ideal, que era casi una religión para la juventud —en especial para mí—, y pasé este primer año estudiando alemán, inglés y provenzal en las Bibliotecas, y muriéndome de hambre. Pero yo no descubrí la literatura de vanguardia en Estrasburgo. Cuando la descubrí, un poco tardía, pero plenamente, fue después de regresar de la guerra de Marruecos, y de casarme, ya en el año 1926. Entonces fue cuando me encontré con Guillermo de Torrox y fundamos la **Gaceta Literaria**. Y entonces me hice el viaje o circuito-imperial por toda Europa —que me dio el título del libro **Circuito Imperial, 12.500 kilómetros de literatura**—, y en él reflejé todas las novedades que había en Francia, en Italia, en Alemania, en Bélgica, en Holanda..., e incluso en los Balkanes con los sefardíes. Yo ya me había casado con mi mujer, que era florentina, y en Italia vi que la vanguardia era fascista fundamentalmente. Marinetti había iniciado, y antes que él Cocteau, lo que éste llamó «la llamada al orden», que fue en literatura la vuelta a las formas. A aquella revolución en libertad había que darle un contenido con forma y con disciplina, cosa que se tradujo primero en la poesía lírica; en los líricos antes que en los demás, porque la poesía siempre antecede a la política. Esa fue la evolución de la vanguardia, y así fue como me acerqué a ella.

T. de H.—¿El surrealismo español fue tan importante como el de otros países?

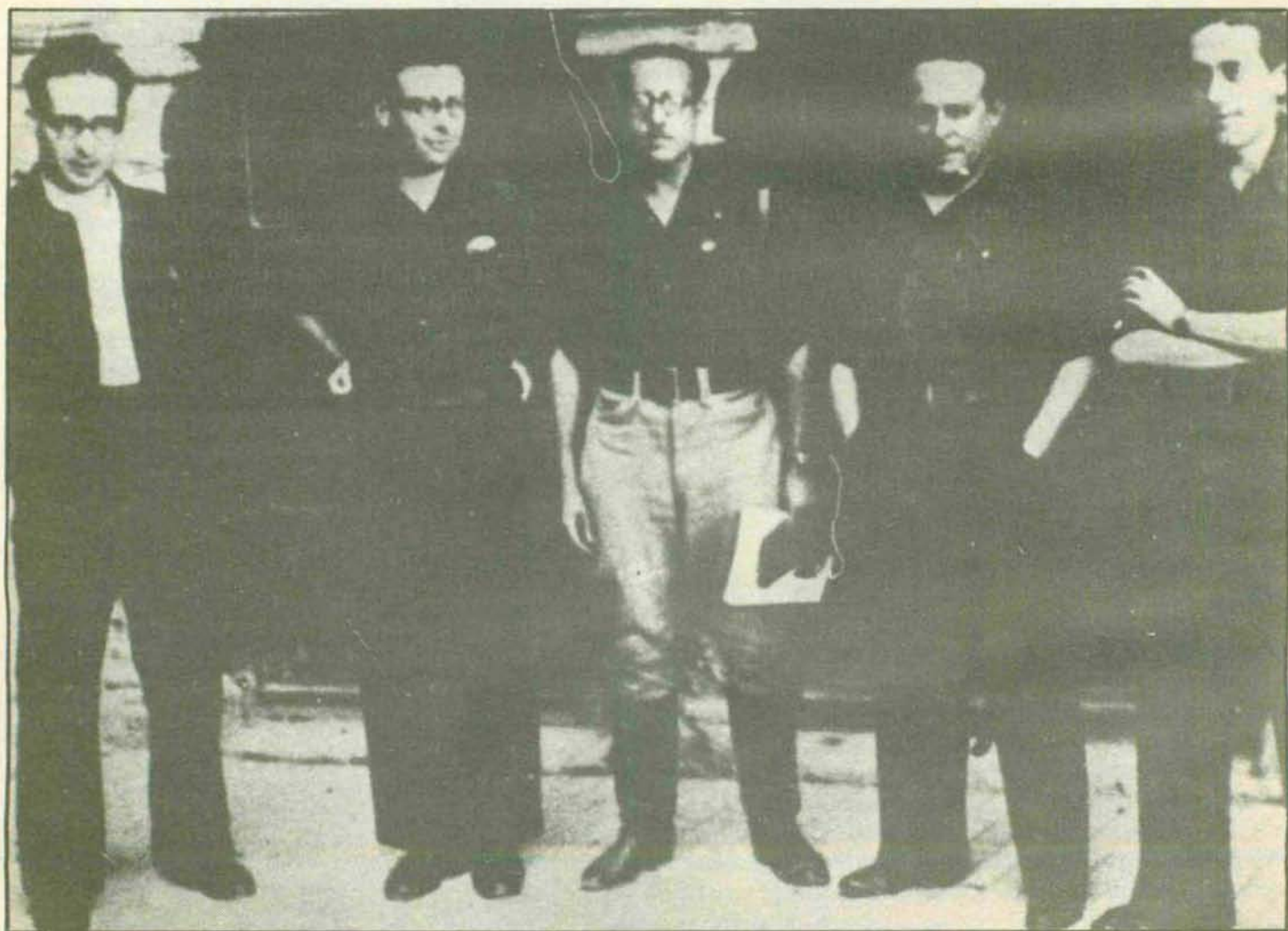
G. C.—No. El surrealismo español fue, como tantos otros movimientos españoles, un re-

flejo de lo que se hacía en París y en Italia. Es decir, que Guillermo de Torre, que fue el pontífice de la literatura de vanguardia, y los demás poetas que circulaban en torno a él, eran reflejo por una parte, de Marinetti, y por otra, podíamos decir, de Apollinaire, de Max Jacob o de Jean Cocteau.

T. de H.—¿Cómo explicaría usted el movimiento surrealista, y por qué lo abandonó para integrarse en el fascismo?

G. C.—El surrealismo eran las palabras, las imágenes y los sueños en libertad. Fue un movimiento provocado por un judío, Freud, que tuvo una influencia radical en la literatura con lo que se llamó el freudismo, desde el momento en que dejó en libertad las represiones, la libido, lo mismo que en poesía la libertad significaba romper los moldes tipográficos, gramaticales o metafóricos. El mundo lírico de Freud era sentar al paciente en un diván, y poner en forma pseudocientífica lo que se venía haciendo desde hacía siglos en el mundo oriental con los chamanes y los yogas en la India, la purga de los afectos, como decían los místicos. Y por no remontarnos mucho en el

tiempo, también se hacía en Grecia con los oráculos, donde acudía la gente a purificarse de los afectos y a quedarse limpio de estos impulsos peligrosos o malignos. Por fin, en todo el mundo esto mismo se venía haciendo con la tradición católica de la confesión. La confesión católica era el freudismo que se venía ejercitando de un modo prodigioso. La confesión católica bien hecha dejaba muy pequeño a Freud, porque una mujer o un hombre en un confesionario se sentían purificados, y el sacerdote les absolvía, y salían limpios y curados hasta otra. Entonces Freud lo aplicó en forma profana. En lugar del confesionario con rejilla, utilizó el diván donde tendía a sus clientes y les hacía verter vivencias y sueños, hasta que iban sacando todo. Esto como terapéutica estaba bien, era tradicional, y no inventó nada. Pero lo que había de nuevo y de terrible en Freud es que al afirmar que la salud consistía en evitar las represiones, en no reprimirse —como diría un chulo madrileño—, quitaba toda posibilidad de santidad y de heroísmo, porque toda la santidad y el heroísmo, hasta en su mínima expresión de la cortesía, es



«Cuando yo hice la teoría, no me sentía ni fascista ni intelectual; me sentía como inspirado, como una especie de San Juan Bautista primordial, destinado a lanzar este polen para que se inoculara en el conductor que saldría después, en Prieto o en Azaña, en José Antonio o en Franco...». (Giménez Caballero, en el centro, con botas de montar, en Burgos, durante la guerra civil, a su derecha, Antonio Tovar).



«Yo vierto, yo sé que lo que os estoy dando es fecundo... Aunque me consta que soy como el barquero que atraviesa a su pueblo en una barca en la noche, y luego queda perdido y olvidado. O como la alondra en la mañana, que da su primer trino, y luego pasa y se adormila...».
(Gilínez Caballero, durante una alocución, en la Cartagena de posguerra).

una perpetua represión. Es decir, si yo siento deseos ante una mujer bonita en un momento determinado, y siento deseos de arrojarme como un monstruo, como se hace ahora por las calles, y violarla, pues eso es preciso, uno se siente liberado de su represión; pero es espantoso también. De la represión nacieron los santos, que no son más que héroes de la represión. De ahí nacieron los grandes héroes, que lo son por soportar el miedo, superarlo e ir a una victoria o a una muerte. Es decir, la historia está funcionando a base de represiones. Desde que el señor Freud dijo que no había que reprimirse, quedaron ya los instintos en libertad, y se produjo la gran revolución sexual, juvenil, de los **hippies** y de las demás cosas que encontramos por la calle, y que ya se dieron en la Antigüedad con los cínicos. La palabra cínico no quiere decir descarado, en el sentido peor; cínico viene de perro, y eran los que no se reprimían y proclamaban la libertad en todo como purificación del alma. Esta doctrina ha producido en las juventudes, sobre todo en las actuales, la no represión de los instintos: les sale el pelo, pues a dejarlo crecer; les sale la

barba, a dejarla crecer; les sale una chica, a irse con ella y hacer el amor en mitad de la calle. Es justamente como los perros, como decía Diógenes, que la máxima libertad natural era hacer el amor en la calle. Toda esta nueva juventud, en nombre de esta libertad, que ha sido un ataque tremendo contra el catolicismo y la religión —que la ha derrotado, porque la religión es la represión de los instintos en vista de una posible santidad— en el momento en que ya no se reprimen, pues ya tiene usted la libertad sexual y de palabra, y la terrorista.

T. de H.—*La oposición a esta doctrina, ¿fue la causa de que usted se pasara al fascismo?*

G. C.—No. Esta fue sólo una de las causas. Como le he dicho, se había provocado una reacción en la literatura, volviendo a la disciplina y al uniforme. Así, el fascismo era la revolución en libertad, desde el momento en que un hombre como Mussolini, que era un marxista, que tenía camisa roja y cerraba el puño y había leído a Marx, llega a Italia después de la guerra, cuando los ex combatientes



«Nuestro genio es profundamente católico, entendiéndolo por catolicismo una doctrina que recibimos de Roma, que nos vino al pelo, porque respeta la libertad y la autoridad. Y en el aspecto racial, nosotros somos mitad vainilla y mitad chocolate». (Giménez Caballero en una entrevista con el ministro de Propaganda nazi, Goebbels).

no tenían ninguna satisfacción. Europa —no el mundo ruso, que es la opresión— es libertad. Por una sencilla razón, y es que Europa está rodeada de mar, es una península, y en ella el agua, hasta inventarse la aviación, era la máxima defensa frente a los ataques de las llanuras; generalmente, todos los grandes conquistadores son de llanura. ¿Por qué son dos los imperios de libertad más grandes: Grecia primero, e Inglaterra después? Porque eran archipiélagos y se podían defender por agua, y no tenían miedo al ataque masivo. El fascismo, entonces, era una mezcla de revolución y al mismo tiempo de disciplina. Y claro yo pasé —como tantos otros— a esta nueva disciplina, que además nos retrotraía nacionalmente, porque una de las fórmulas de la libertad es potenciar la nación, la tierra, el genio de cada país. El marxismo es igual para todos, aquí o en China, pero en cambio el fascismo potenciaba el genio, la nación donde uno ha nacido. Este era el encanto y la atracción del nacionalismo. Y claro, cuando yo llegué a Roma y vi a aquel socialista —como aquí lo era Indalecio Prieto, pero que en lugar de echar tripa y de comer en casa de Nicolasa, de reírse de las formas heroicas y religiosas, se disciplinaba en forma hercúlea de tipo gimnástico— y su entusiasmo por las glorias de su tierra y de su país, vi lo que era esta exaltación nacionalista. Todo esto lo descubrí en Roma, a través de mi mujer; allí vi que el genio de mi país, de España, no estaba en la «yarilka» rusa, ni en el mundo germánico adorador de un mundo ario, rubio, que no se daba en España, ni en el mundo inglés a través de esa libertad excesiva, o el francés, que era una adulteración entre el mundo germánico y el latino, sino

en Roma, que era para mí la que me había enseñado a hablar, la que había hecho los caminos de mi tierra, las primeras calzadas, las leyes, la primera unificación española con el nombre de Hispania; la que una vez roto el Imperio, con sus diócesis eclesiásticas nos siguió dando la religión, el catolicismo, la organización, los matrimonios y las dinastías; y la que nos trajo el Renacimiento. Yo encontraba una tradición de siglos, y por eso dije en mi **Genio de España**: «Sentí en Roma el olor a madre, que es más enloquecedor que el olor a hembra, porque enloquece y emborracha de un modo más terrible». Todo eso lo encontré en Roma, y por eso, al volver aquí, traje una doctrina que no era alógena, como el liberalismo a la inglesa, que no terminó de cuajar nunca porque era a la inglesa. En cambio, la tradición romana era de veinte siglos, y por eso arraigó, cuajó, y cuando lo utilizamos nos llevó a la victoria.

T. de H.—¿El fascismo español fue, entonces, una simple copia del italiano?

G. C.—No. Cada fascismo tiene una peculiaridad propia en cada sitio; pero el fascismo tiene una raíz común o universal, como procedente de Roma, que es la creadora de formas universales, que luego se aplican en cada país según el modo, el genio o la manera de ser de cada uno. El propio catolicismo, cuando se interpreta demasiado particularmente, produce una desviación, como ocurrió con el protestantismo. Esa es la razón de que la Iglesia no apoye a los nacionalismos, porque dan iglesias particulares. El fascismo, en ese aspecto, tiene dos dimensiones. Es una fórmula universal, y la prueba de ello es que el comunista cuando quiere atacar a alguien que va contra él no le dice: «Eres un demo-liberal», o un socialista, o un individuo de derechas, sino: «¡fascista!». El fascismo como fórmula anticomunista es igual en todas partes del mundo, aunque luego se adapta al modo de ser de cada país. Y en España ni José Antonio, ni Ledesma Ramos, ni yo en mi primer manifiesto, queríamos ser fascistas, sino que teníamos un nacionalismo exacerbado, y queríamos inventar nosotros una fórmula que no estuviera copiada de ningún lado. Pero esto es un error; hay que ser humilde, y reconocer que «hay que dar a Dios lo que es de Dios, y en este caso, a César lo que es del César». Y el César era Mussolini. Pero no por ser Mussolini, sino por proceder de Roma, que en sí misma, en su genio, lleva fórmulas universales, como dio la fórmula cesárea con Julio César, la católica con el Vaticano, la del Renacimiento con Galileo o con un Leonardo, y la fórmula fascista con Mussolini. Y quizá en estos momentos esté preparando la gran fór-

mula de nuestra época, que es la terrorista, que está saliendo también de Italia.

T. de H.—*En relación con este nacionalismo exacerbado del que hablaba hace un momento, ¿qué significa para usted el «Genio de España», al que dedicó un libro?*

G. C.—El genio de España es para mí esa fusión en que cada país tiene su modo de ser, como lo tiene cada raza, cada pueblo, y hasta los animales. No olvide usted que genio viene de genes, de genética. Los genes son las células —hay que emplear términos científicos que no me gusta utilizar para no parecer pedante—, lo que lleva al hombre en su fuerza genital para seguir procreando. Al encontrar a una mujer con la que se va a enlazar, fundirse y hacer un hijo, transmite lo que le han dado sus antepasados y su tierra. Es decir, son los padres y la tierra donde ha nacido, los genes; hay toda la ciencia de la genética que es la base del mundo. De forma que el genio de un país es justamente el modo de ser de ese país a través de los siglos, los rasgos constantes, los permanentes, los que hacen que ese país sea diferente a los demás, y cuando más se parece a sí mismo, más fuerza tiene. ¿Está claro?

T. de H.—*A diferencia del nazismo, declaradamente racista y de carácter irreligioso, el fascismo español que usted defendió insistía en el catolicismo como un elemento esencial, y no tuvo fuertes connotaciones racistas. Incluso el antisemitismo en España no se justificaba por razones sociales, sino religiosas. ¿A qué se deben estas diferencias?*

G. C.—En mi **Genio de España**, que es un poco la Biblia para nuestro Movimiento, decía como Calderón: «Al Rey la hacienda y la vida se han de dar, pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios». Es decir, que nuestro genio es profundamente católico, entendiendo por catolicismo una doctrina que recibimos de Roma, que nos vino al pelo, porque respeta la libertad y la autoridad. Y en el aspecto racial, nosotros somos mitad vainilla y mitad chocolate. Somos europeos porque vinieron los godos, y nos queda un fondo, si se llama europeo a las razas celtas, arias, rubias. Pero por otro lado, aquí han llegado los judíos y los moros, y se han sentado como en su casa. De modo que aquí nosotros somos lo que yo llamo «moros sobre los judíos». Por eso, plantear aquí el problema racial es disparatado, porque no tenemos medios para ello; sólo quedan algunos núcleos arios sobre todo en el País Vasco, que no son arios del todo, porque es una raza que se aparta de la aria, y no se sabe exactamente de dónde proceden. También quedan algunos núcleos en el Norte, en la Montaña. Y cuando bajaron estos reconquis-

tadores del Norte hasta Andalucía, fueron dejando enclaves en todos los señoríos de la Reconquista. El resto era pueblo menudo con restos del mundo ibérico, del mundo judío, y sobre todo del mundo moro. Esa es la realidad de España, de modo que nosotros no podemos basar un fascismo en la raza. La fiesta de la Raza quiere decir aquí lo mismo que en América —y lo contrario que en Alemania—, porque allí nosotros nos fundimos con todas las razas. Por eso en mi libro he definido a América como una mujer para un español, porque nos hemos mezclado con todas ellas. Tener allí 16 ó 17 mujeres fue normal. España fue a América con armas superiores a las de los pobres



Ernesto Giménez Caballero, alférez provisional, número uno de la promoción de Pamplona.

indios a buscar oro, y sobre todo mujeres sin refajo —como decía Gregorio Marañón—. Irala en el Paraguay, antes de ir a misa, ponía a sus mujeres en fila, y las iba tocando los pechos, como unas campanitas. Esto es la tradición española.

T. de H.—*En cambio, muchos fascistas consideran la religión como un factor reaccionario para su movimiento.*

G. C.—Para otros fascistas, sí. Para nosotros, no; es un elemento integral, y cada vez lo será más, porque mi conclusión —no quiero anticiparla— de la etapa en que vivimos en estos momentos es la vuelta delirante, casi salvaje, loca, a la religión, no sólo en España, sino en el mundo entero. Esto está en contra de la categoría de espacio en la que se basa la civilización actual, donde todo es espacial. El sueño socialista de Marx es traer el paraíso sobre la tierra, hacer a todos iguales comiendo lo mejor. Pero lo que no ha resuelto la situación actual —que produce la angustia y las psicosis juveniles y la nueva vanguardia, que ya se está viendo, es la otra categoría, la categoría del tiempo, la muerte. Porque aquí vivimos muy poco, y nos encontramos con el dolor de la enfermedad o de la muerte. Y esto no lo ha resuelto el marxismo; tampoco el fascismo, pero está más cerca. Ahí es donde Marx tiene el talón de Aquiles; la felicidad que promete es ridícula, es cómica, es quitar al burgués las cuatro cosillas que tiene de más goce que el obrero. Lo que promete Marx es una sociedad de consumo, ni más ni menos, la sociedad de los cerdos.

T. de H.—*¿Qué opina usted de los líderes fascistas españoles?*

G. C.—Pues que ninguno fue auténtico para llevarlo al triunfo, porque —lo que reiterado muchas veces— el líder fascista auténtico tiene que proceder del socialismo. Y del socialismo marxista, porque la gran Revolución del siglo, como en el siglo pasado fue la de la burguesía en 1789 frente al poder feudal, es la marxista leninista de 1917, que supone dar acceso al poder y hacerle **Tiempo de Historia** a la clase obrera y campesina. De modo que los conductores fascistas proceden siempre del mundo obrero, del mundo social; y en lugar de hacerse marxistas leninistas, en vez de decir uniformando a la rusa: «Campesinos y obreros del mundo, uníos», al llegar a sus propias naciones le dan ese tinte nacional. Pero llevan como ingrediente fundamental no lo nacional, sino lo social. Y su título es el de haber sido obrero o campesino. Mussolini fue obrero y campesino; Hitler fue obrero, pintor. Y a nosotros nos falló que el hombre que tenía que haber sido nuestro conductor, Indalecio Prieto, pese a que yo se lo ofrecí, no quiso serlo. Se lo dije primero a Azaña, con mi libro, pero después vi que estaba equivocado, porque Azaña era un burgués ateneísta, un poco cursi, y de muy mal genio, y no valía. En cambio, el socialista nacional, el hombre del mundo obrero pero con ideas nacionales, amigo de Unamuno, era Prieto. Pero Prieto me falló, o nos falló —primero a mí y luego al mismo José Antonio—, porque era un hombre de talento, pero le faltaba genio; era un hombre valiente,



«El surrealismo eran las palabras, las imágenes y los sueños de libertad. (Giménez Caballero, en el centro de la fotografía y de pie, a su extrema izquierda Ramón Gómez de la Serna, en un banquete celebrado en «Pombo», el 3 de enero de 1930).

pero no fue héroe, y no venía del combate como Hitler o Mussolini. Y por eso, es el responsable número uno de la guerra civil española, y de la guerra internacional que vino después, de la Segunda Guerra Mundial, porque si Prieto hubiera sido nuestro socialista conductor, como lo era Mussolini o Hitler (y a su modo, porque era de procedencia humilde, Salazar), como se estaba dando en Francia, en Bélgica o en Inglaterra, hubiera habido un mundo nacionalsocialista dentro de Europa, y no habría habido guerra. Y por consiguiente, el mundo ruso-marxista habría sido contenido, y el mundo capitalista-individualista de Norteamérica también. Nos falló esta idea porque Prieto no estuvo a la altura de las circunstancias históricas, y hubo que buscar a conductores y líderes que no tenían esa exigencia fundamental del operario. Un Ledesma Ramos pudo haberlo sido porque era de clase humilde —era maestro de escuela y su padre empleado de Correos—, pero le faltaba esta raigambre obrera y campesina. Era un funcionario; y además, su tipo físico no daba de sí para las grandes conducciones. Y claro, entonces apareció José Antonio, que era un aristócrata, lleno de talento y con capacidad de mártir, que dejó un rastro de mística detrás de sí magnífico; pero era un aristócrata. Y más tarde Franco: un militar, ya sin doctrina, con genio militar, pero con la doctrina y las formas que le entregamos nosotros.

T. de H.—¿Cómo definiría usted la personalidad de cada uno de ellos?

G. C.—Ledesma Ramos era un muchacho del tipo del intelectual ateneísta, discípulo de Rey Pastor en Matemáticas, de Ortega, y del mundo germánico, al que le gustó más el hitlerismo que el fascismo romano. No tenía sentimientos católicos profundos, pero fue un gran camarada hasta el último momento. José Antonio tenía una categoría humana excepcional. Era un aristócrata, un bien nacido, de raigambre goda, aria, de familia muy noble, yo creo que personalmente más anglófilo que germanófilo. Recuerdo que en un momento de peligro, cuando nos habían matado a un camarada, y estábamos reunidos en la calle Marqués de Riscal, donde se sorteó una pistola para ir a matar al primer *chibirí* —como se llamaba entonces a los socialistas—, yo dije: «Pero así en frío no, que es como ellos»; a la salida, tras suspender la ejecución, José Antonio me confesó: «Ernesto, yo no he nacido para esto. Yo he nacido para matemático del siglo XVIII».

T. de H.—¿A qué se debía esa especie de admiración que sentían los fascistas por las teorías de Ortega?



«Marinetti había iniciado, y antes que él Cocteau, lo que éste llamó «la llamada al orden», que fue en literatura la vuelta a las formas. A aquella revolución en libertad había que darle un contenido con forma y con disciplina...» (En la foto, Gilménez Caballero, filmando).

G. C.—Sencillamente porque el padre del fascismo de Mussolini, de Hitler y de Ortega se llamó Nietzsche. El sobrehombre, que decía Ortega. Y por eso nosotros, y yo en especial, sentíamos admiración por Ortega, porque mi raíz, aparte de Roma, la bebí en Ortega y en los hombres de la generación del 98, como Baroja, Maeztu, Azorín, o Unamuno, todos nietzscheanos. Esos son, los hombres del 98 y los del 15 con Ortega, los padres del fascismo español.

T. de H.—¿Pero Ortega no significó para los fascistas españoles lo mismo que Croce para los italianos?



«Siento la afirmación de que el poeta, el profeta, el mago o el hechicero —pues hay muchos nombres para nosotros— en un principio fue el verbo, la palabra, que es el elemento macho de la historia...» (Giménez Caballero, con su hija Helena).

G. C.—Ortega era ambivalente como Croce; pero éste no fue nietzscheano, fue un esteticista formado en la filosofía alemana como Ortega. Pero Ortega tenía por sus ascendencias, por sus veleidades aristocráticas de razas superiores, una elegancia, una fuerza de mando y de selectividad que no tenía Croce. Ortega solamente en su elegancia de escribir y de hablar era un sobrehombre. Y precisamente por lo que tenía de liberal distinguió que lo liberal era lo enemigo de lo demócrata; democracia y leberalismo son exactamente lo contrario; democracia es el poder de la masa, la rebelión de las masas, y el liberalismo es del individuo. Ortega era liberal en ese sentido, pero el liberalismo llevado a su extremo produce el superhombre, el yo extraordinario, el Zaratustra.

T. de H.—*Al comenzar la guerra civil, parecía que usted iba a ser el gran ideólogo de la nueva España. Sin embargo, luego fue usted marginado. ¿A qué se debió esta marginación?*

G. C.—Pues se debe a una cosa que es fatal, y que precisamente en estos días se está rectificando un poco: al carácter que tenemos los dictadores poéticos. De ahí vienen las **Memoorias de un Dictador**. Yo me llamo dictador con

minúscula, pero no sólo porque lo dicto a una mecanógrafa —en este caso, mi nieta—, sino porque esto que dicto, dicta a la vez. Siento la afirmación de que el poeta, el profeta, el mago o el hechicero —pues hay muchos nombres para nosotros— en un principio fue el verbo, la palabra, que es el elemento macho de la historia, como el polen que sale de un árbol y va buscando el elemento femenino de otro árbol donde fecundar y dar un fruto (la palabra profeta viene de **pro-fari**, hablar hacia) hasta que encuentra el elemento femenino en que incrustarse, donde introducir su gene para fecundarlo y producir un hijo. En este caso, el elemento femenino es el político, que produce el movimiento político, el partido, o en los casos supremos la religión. Por eso, nuestro patrono es San Juan Bausita, que allá en el desierto, con su doctrina de los asenios es el que tenía la prefiguración, el polen, la idea genitriz de lo que iba a ser el cristianismo. Cristo fue precisamente a buscarle como un político —en este caso divino—, y San Juan Bautista le vierte su doctrina, que es el acto del bautismo famoso. ¿Por qué se lo vierte en la cabeza simbólicamente? Porque le da la idea, y entonces Cristo la propaga, y es el fundador de esta religión. Y al pobre profeta le cortan la cabeza. Es el destino de los poetas y los profetas, que al final una Salomé nos corta la cabeza. En mi **Genio de España**, en 1932, decía: «Yo vierto, yo sé que lo que os estoy dando es fecundo». Y salió adelante, aunque me consta que soy como el barquero que atraviesa a su pueblo en una barca en la noche, y luego queda perdido y olvidado. O como la alondra en la mañana, que da su primer trino, y luego pasa y se adormila. Es decir, que yo tuve conciencia —y esto es lo verdaderamente honrado en el escritor, en el poeta, en el profeta— de ser quien lanza este primer trino, pero que tiene que ser olvidado y pasar a segundo término. De modo que no solamente no me ha extrañado esta marginación, sino que la he justificado. Y éste es el mejor signo de que yo no me había equivocado, que había cumplido mi misión. Cuando yo hice la teoría, no me sentía ni fascista ni intelectual; me sentía como inspirado, como una especie de San Juan Bautista primordial, destinado a lanzar este polen para que se fecundara en el conductor que saldría después, en Prieto o en Azaña, en José Antonio o en Franco... Yo no sabía en quién, pero lo mío era el lanzamiento, y una vez que arraigó, yo ya había cumplido mi misión, había cumplido mi dictado. Como dice el propio Berceo: «Voy a escribir un dictado». El dictado era probar los misterios de Santa María, para que los leyeran. Yo soy un dictador como Berceo,

como el poeta, y ésa es la misión grande y humilde del verdadero escritor.

T. de H.—¿Cree usted que Franco llevó a la práctica el fascismo predicado, o dictado por usted?

G. C.—A su modo lo realizó, pero sin ideología, entendiendo por fascismo una serie de postulados sociales y nacionales que previamente le habíamos entregado. Eso lo realizó Franco con la victoria...

T. de H.—¿Y después de la victoria...?

G. C.—Después de la victoria tenía una alternativa: o continuar esta victoria con sus congéneres ideales y políticos, concretamente con Mussolini e Hitler; o hacerse neutral, y por consiguiente favorecer a los enemigos del fascismo que eran las democracias rusas y americana. Por desgracia, esta fue la actitud neutralizante y ambigua de Franco.

T. de H.—¿Es cierto que usted le propuso que la Falange pasara a llamarse el Falangismo?

G. C.—Sí. La Falange es un nombre de mujer. Es que la Falange es ya un nombre impropio y espúreo, porque durante la República, cuando se fundó la Agrupación al Servicio de la República, con Marañón y Ortega, se les ocurrió crear un Frente Juvenil, y lo llamaron Frente Español (la idea fue de Valdecasas); pero después no lo llegaron a organizar. Entonces se encontraron con estas dos siglas, F. E., y como Valdecasas se hizo amigo de José Antonio e intervino en el acto de la Comedia, se preguntaron qué podían hacer con la F, y como eran un poco universitarios, pensaron llamarla La Falange, como los griegos. Y de ahí nació, una cosa un tanto pedante y humanística: La Falange Española, en el sentido de que La Falange era una organización militar, la falans de los griegos. Pero era mucho más bonito para mi modo de ver el Falangismo, que era una doctrina, un movimiento, y que no era femenino, sino masculino.

T. de H.—¿Cómo era Franco personalmente? Usted debió conocerle bien, porque se dice que iba todos los primeros de año a contarle chistes.

G. C.—No. Mentira. Franco no toleraba los chistes, los contaba él. Franco era uno de los hombres más graciosos, divertidos, humanos, y con una ironía y un humor gallego enorme. Yo con Franco ha sido con uno de los hombres que más me he reído. Yo a Franco lo conocí —como cuento en mi libro— un día 7 de noviembre (era San Ernesto), y en ese momento me pareció como el rey David, quizá por su origen racial un poco semita, judío. La palabra Franco tiene origen judío. Y me pareció un rey David inspirado, que tenía alma de artista; esa era la genialidad de Franco. Y cuando le

traté fue a finales del año 1936, cuando quiso hablar por la radio, y le improvisamos una que no funcionó, precisamente en los días en que se estaba muriendo Unamuno. Y ya en aquel momento, al ver que no funcionaba, lo resolvió con humor —no como Millán Astray, que me quiso fusilar—, con cuentos, y comenzó a contar chistes y cosas graciosas. No sólo me perdonaba la vida tras no haberle hecho hablar por vez primera por radio, sino que me hacía reír. Pero después le acompañé al viaje a Cataluña, a Portugal, por muchos pueblos... Y Franco siempre estaba de buen humor. De vez en cuando le contábamos algún chiste, pero no había quien le ganara. Me acuerdo que en una comida en El Pardo con la hija del presidente Stroessner, su mujer y su hija Carmen, yo le dije: «Mi general, no sé de dónde saca la gracia. Es usted el hombre más gracioso que yo he oído». Y él se quedaba tan tranquilo, le parecía la cosa más natural del mundo. De los chistes que recuerdo, hay uno que le contó al Director de Arriba, que le fue a pedir una Embajada. Y Franco le dijo: «¿Quiere usted meterse en política?» «Sí, mi general». «No lo haga usted. Es un consejo. Mire, si yo me hubiera metido en política, no estaría aquí». Ese era Franco.

T. de H.—Sin embargo, pese a toda esta admiración que siente usted por Franco, él fue quien le mandó a Paraguay, en vez de nombrarle Ministro...

G. C.—No. El no me mandó a Paraguay. No, no, no... Yo me retiré de la vida política poco a



«España fue a América con armas superiores a las de los pobres indios a buscar oro, y sobre todo mujeres sin refajo —como decía Gregorio Marañón—. Irala en el Paraguay, antes de ir a miss, ponía a sus mujeres en fila, y las iba tocando los pechos, como unas campanitas. Esto es la tradición española...». (Giménez Caballero, en su época de embajador del régimen franquista en el Paraguay, con el Presidente Stroessner).

poco, suavemente, desde el momento en que Franco se hizo neutral, y no intervinimos en la guerra internacional junto a Hitler y Mussolini para vencer definitivamente al mundo ruso y a la democracia capitalista americana, que eran las dos fuerzas tremendas contra las que luchaba el fascismo. Desde el momento en que él se declaró neutral, y abandonó a los que nos habían dado la victoria y las ideas, yo quedé con cariño y admiración hacia Franco, pero ya el Movimiento dejó de interesarme. Entonces empecé una sección en **Pueblo**, y también escribí dos libros. Después emigré a América, porque aquí no tenía nada que hacer. Y estando en Paraguay de Agregado cultural, cargo que conseguí gracias a Ruiz Giménez —Franco no me dio ningún puesto, ni nada—, el Embajador José de la Riva, un gran monarquicón, me dijo que había pedido mi expulsión de Paraguay porque, según él, a mí me escuchaba más el Gobierno y el Presidente que a él. Y me trasladaron a Brasil. Pero el Presidente del Paraguay, indignado, pidió a Franco que trasladara al Embajador y me quedara yo en su puesto, y Franco no tuvo más remedio que dejarme ir en la etapa que estuvo de ministro Castiella.

T. de H.—¿Cuál es su opinión sobre las doctrinas políticas de la España actual? ¿No es contradictorio que afirmara usted hace dos años que el eurocomunismo es el fascismo de hoy, y en cambio hace unos días se definiera como anarcosindicalista?

G. C.—No, porque el sindicalismo es una auto-

ridad y el anarquismo es la libertad exacerbada y revolucionaria. El eurocomunismo es la misma conjunción del comunismo como movimiento autoritario y masivo y el «euro» liberal y europeo, que ya no puede ser ruso. Son modalidades fascistas, sin cristalizar todavía en una doctrina precisa.

T. de H.—¿Piensa usted que en España puede haber un resurgimiento del fascismo? ¿Cuál sería su ideología?

G. C.—Depende de lo que apriete el comunismo. Si el fascismo es la aspirina contra el dolor de cabeza del comunismo, depende del dolor de cabeza que nos dé el comunismo.

Si un escritor, un poeta, un profeta tiene que estar montado en un Pegaso con alas, yo creo que en este momento si se produce el triunfo del marxismo-leninismo, que intenta traer la felicidad sobre la tierra a todos los proletarios del mundo, convirtiéndoles en burgueses, o sea en consumidores de bienes terrenales, si se acerca esa victoria de tipo espiritual sobre todo el haz de la tierra y de los demás planetas que conquiste el hombre, se empezará acentuar cada vez más el ansia y el ideal por una revolución en la dimensión temporal, en el tiempo. El marxismo-leninismo ha querido resolver la felicidad sobre esta tierra, pero esta felicidad—en caso de que sea felicidad—dura muy poco, y despierta lo que llamaba Unamuno «el hambre de eternidad», el seguir viviendo después de la muerte. Y mientras no se resuelva el problema de la muerte, no se ha resuelto nada. Por eso mi actitud presente es



radicalmente religiosa, en ese sentido transcendente a la vida terrena y espacial.

T. de H.—¿Cuáles serían los líderes de ese nuevo fascismo?

G. C.—Eso depende. Los movimientos fascistas que se están dando van tomando una forma que es «el piñarismo», de apiñado, en torno a un hombre que tiene nombre de piña, de apiñar a la gente, sin más doctrina que su palabra, con gran capacidad de convocatoria, como se dice ahora, y con el «sálvese el que pueda» como única doctrina. El piñarismo no es una doctrina, es una palabra encendida o congelante, como la tuvo Viriato frente a la invasión romana, o los caudillos del siglo pasado que se pronunciaban... Se podrían llamar voces salvacionales, más que doctrinales.

T. de H.—Cómo definiría usted al terrorismo?

G. C.—Todo el mundo está aterrado con el terrorismo, y quieren darle soluciones y explicaciones. Yo como profeta un tanto bíblico, me remontaría a aquellos tiempos de que habla la Biblia, en que se levantaban a pronosticar catástrofes, terrores y apocalipsis, para purgar los pecados del pueblo de Israel. El terrorismo actual en ese aspecto político es muy positivo frente a la sociedad de consumo, al becerro de oro en que vivimos, porque provoca el terror, que es un sentimiento religioso ante el olvido de la muerte, porque el terror trae la muerte ante una sociedad que se ha convertido en la piara de Epicuro, es decir, en cerdos.

Luego, hay en el terrorismo otro aspecto muy



Ernesto Giménez Caballero

Memorias de un dictador



el
de
español

El genio de España, vivido y ahora dictado por un gran escritor en un libro que es testimonio e interpretación personal de la historia del mundo moderno.



«El terrorismo actual en ese aspecto apocalíptico es muy positivo frente a la sociedad de consumo, al becerro de oro en que vivimos, porque provoca el terror, que es un sentimiento religioso ante el olvido de la muerte, porque el terror trae la muerte ante una sociedad que se ha convertido en la piara de Epicuro, es decir, en cerdos». (Portada de las «Memorias de un dictador», de Ernesto Giménez Caballero).

nacionalista, y yo diría casi fascista: el de los pueblos vencidos en la última guerra, que intentan de algún modo invalidar la victoria de los vencedores, y si es posible, preparar la revancha, por aquello que dijo Sancho a Don Quijote: «Los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana». Nadie ha observado, salvo yo en **Mis Memorias**, que los principales focos terroristas se están dando en los pueblos que perdieron la guerra: las Brigadas Rojas en Italia, la banda Baader-Meinhof en Alemania; los kamikazes japoneses; los palestinos frente a Israel, y los vascos de ETA frente a una España que se está dejando colonizar.

T. de H.—¿Pero, no es esto hacer apología del terrorismo?

G. C.—No es apología, sino explicación. Al terrorismo se le ataca y no se le explica, y si no se le explica, sólo se limitan a ponerle emplastos a la buena de Dios. Yo le doy la etiología de este cáncer, que es el modo de poderlo vencer. Como el cáncer no es más que células envejecidas es necesario rejuvenecer esas células con una nueva primavera que vuelva a reír. ■

M. R.

«Franco era uno de los hombres más graciosos, divertidos, humanos, y con una ironía y un humor gallego enormes. Yo con Franco ha sido con uno de los hombres que más me he reído». (Giménez Caballero durante una audiencia con Franco, en compañía del ministro de Industria del Paraguay)